



ESCRITORES
DEL MAR

Por Manule Montecinos

Como ya lo dijimos, cada vez que se habla de los escritores chilenos del mar, el primer nombre que acude a la mente es el de Salvador Reyes. Y eso tiene un fundamento real, porque este escritor — pese a haber tratado otros temas— es el marinista chileno por antonomasia, el equivalente a Conrad, a Melville, y el discípulo de Rimbaud. A despecho de su nacimiento en Copiapó, una ciudad de tierra adentro (1899), el mar lo cautivó definitivamente, creemos que a partir de su permanencia en Valparaíso, otro de sus amores. Después tuvo oportunidad de viajar por muchos mares, lo que acentuó su afición a esa realidad cambiante y misteriosa. Como funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, tuvo oportunidad de vivir en ciudades bellas e importantes, como París, donde hizo grandes amistades; sin embargo, no siempre se sentía a gusto en esas urbes inmensas y cosmopolitas. Su ideal era vivir en el mar o cerca de él, como lo confiesa en una de sus obras: “La ciudad no es lo bastante soberbia para hacerme olvidar mis preocupaciones, ni bastante hermosa para hacerme olvidar mis sueños. Sobre todo me falta el mar. Arde su ausencia como una quemadura cuya intensidad de dolor no podré encerrar nunca en mis escritos...”.

SALVADOR REYES, POETA

Este interés por el mar como motivo de creación lo llevó primeramente hacia la poesía y fue así como, en 1923, publicó un breve libro de poemas con un título asaz sugerente: “Barco Ebrio”. ¿Acaso una remi-

SALVADOR REYES, EL GRAN MARINISTA

niscencia de Rimbaud? Allí encontramos versos plenos de espíritu marinero:

“Dentro de mí hay un viejo lobo de mar,
el buen piloto de un bergantín negro...”

“Telarañas de jarcias,
laberinto de mástiles sonoros:
frente a los puertos, canta la nostalgia”

Más tarde (1930) publica “Las Mareas del Sur”. Su implacable y severa autocrítica le advirtió que la poesía no era su camino y con un acertado golpe de timón, viró su rumbo hacia la prosa narrativa.

Sin duda, fue una decisión acertada. Si bien es probable que como poeta no habría alcanzado una nombradía expectable, ya que algunos críticos calificaron su poesía como convencionales y demasiado influida, como autor de novelas, cuentos y crónicas, ganó un lugar destacado en nuestras letras.

Empero, Reyes no sólo fue un excelente narrador sino que también fue un no desdeñable crítico, una especie de teórico de la literatura. Antes de referirnos a sus cuentos y novelas, aludiremos a este otro aspecto de

su quehacer literario, probablemente poco conocido.

EL POLEMISTA

A través de la historia de la literatura, ha habido muchas polémicas o discusiones públicas entre hombres de letras, algunas harto duras y violentas y aun innobles. En Chile se han producido varias. Algunas han tenido la virtud no sólo de mover el ambiente literario sino que también han servido para clarificar ciertos conceptos y estimular a los intelectuales jóvenes. Quién no conoce, por ejemplo, las célebres polémicas de 1842 encabezadas por Bello y Sarmiento, las que a la postre sirvieron para incentivar el famoso movimiento intelectual de aquel año. Claro que —sin pretender ofensa alguna— aquello fue un combate desigual entre un acorazado y una corbeta. De todas maneras, fue algo muy útil para el desenvolvimiento de nuestra naciente cultura nacional.

Pues bien, en 1928, hubo otra polémica

literaria notable en torno a la orientación que debía tener la literatura chilena. Por un lado, estaba Manuel Vega, crítico literario del fenecido “Diario Ilustrado”, por el otro, Hernán Díaz Arrieta (Alone), entonces crítico de “La Nación”. Luego intervienen otros escritores desde las páginas de “El Mercurio” y de la Revista “Letras”. Esta disputa, a veces irónica y otras bastante incisiva duró bastante tiempo y es muy interesante conocer los respectivos artículos. Aquí sólo nos referiremos muy brevemente a su contenido.

La cuestión de fondo era la función del escritor y la finalidad de la obra literaria. Para Vega, el escritor debía estudiar minuciosamente la realidad nacional todos sus aspectos y luego reproducir fielmente en sus obras, en forma objetiva. En verdad, lo que pretendía era exaltar el criollismo. Alone, que, nunca gustó de esta tendencia, sostenía que la labor del escritor era “crear” una obra artística con imaginación, con sensibilidad y buen gusto. La discusión se agudizó cuando Luis E. Délano publicó su libro de cuentos “La niña de la Prisión”. Este libro llevaba un interesante prólogo de Salvador Reyes, en que abominaba del realismo y el naturalismo decimonónicos y propugnaba una literatura más libre, más cargada de fantasía, es decir, una literatura más moderna. Estos conceptos revolucionarios —para entonces— encendieron las iras de los criollistas, quienes tildaron de “imaginistas” a sus contrincantes. Salvador Reyes aceptó el calificativo y, en sucesivos artículos volvió a insistir en sus postulados, los cuales a su vez volvieron a ser rebatidos. Reyes formuló ideas verdaderamente interesantes. Por ejemplo declaró: “Hay una



verdad artística de la vida y hay una verdad real de la vida. Me interesa la primera, porque, por sobre todo, creo que evadirse de la realidad vivida es el supremo deber del artista". Y en otra parte, sostuvo que el deber primordial del escritor no era copiar la realidad, sino escribir bien. ¡Cómo nos vamos acercando al aforismo de Huidobro "por qué cantar a la rosa, oh poetas; hacedla florecer en el poema"!

¿Y hacia dónde cree Reyes que debe evadirse el escritor? Hacia el mar, naturalmente. En el citado prólogo leemos: "El mar es la patria de todos los soñadores; en todas las vidas en pugna con lo cotidiano hay un golpe de mareas, y es en el surco abierto por los barcos donde fructifican las semillas de los mejores sueños".

Igual o más interesante aún resulta leer el artículo que publicó Reyes en "La Nación" (7-X-1928) bajo el título de "Valores humanos en la novela". En él, luego de enfatizar en la importancia de la imaginación en la obra literaria, afirma: "Se desprende de esto que la literatura imaginativa responde a una necesidad humana, aún más, a un anhelo de todas las almas".

Claro está que para nuestro escritor, crear una obra valiosa no consiste en dar libre curso a la imaginación, a tontas y a locas. De por medio está la actitud estética, el buen gusto y la sensibilidad refinada. Por lo

tanto, si leemos con cuidado los relatos de Reyes, veremos que también utiliza, en una dosis adecuada, la observación de la realidad. Por eso, concordamos con Hugo Montes y Julio Orlandi cuando postulan que "El Imaginismo, que en Chile tiene sus orígenes en D'Halmar, aparece como una com-

binación estética en que la fantasía supera a la realidad, aunque se presenta en ensamble perfecto con ella, gracias a la lógica y a la verosimilitud".

EL NARRADOR

Sólo nos resta referirnos muy de paso a las obras narrativas de Salvador Reyes, pues ellas son suficientemente conocidas de nuestros lectores. Desde luego, creemos que no se discuten su calidad ni menos que ellas descuellan como concreciones del espíritu marino de su autor.

Reyes inicia este aspecto de su obra el año 1925, con la publicación sucesiva de varios relatos breves: "El Último Pirata", "El Matador de Tiburones", "El Café del Puerto", "Los tripulantes de la noche", "Lo que el tiempo deja" (1952), etc. Son obras en que se combinan armoniosamente el amor al mar, y el interés por sus hombres, todo ello con un tenue sentimiento nostálgico y poético de buena ley. Ya más seguro de su poder creador, acomete el género novelesco. Así nacen de su pluma "ruta de Sangre" (1935), "Mónica Sanders" (1951) y "Valparaíso, puerto de nostalgia". La primera es una amena novela histórica y de aventuras, cuya acción transcurre en los tiempos coloniales cuando nuestros puertos

recibían las muy poco gratas visitas de los filibusteros ingleses y holandeses.

"Mónica Sanders", en nuestra opinión, es una de las obras mejor logradas de este escritor, básicamente por el conflicto humano que en ella se plantea y por la caracterización de los personajes, aparte de las hermosas descripciones de sectores de Valparaíso, particularmente aquellos que guardan un sabor típico. En especial, impresiona el episodio de la cacería de una ballena, con el simbolismo que encierra la lucha del hombre contra el animal de mayor tamaño y más potente del planeta.

Para terminar, diremos que siempre hemos admirado el respeto y el afecto con que Reyes se refiere a los que trabajan en el mar y en los puertos, los que -según él- son hombres que constituyen "la única raza aún no dominada por los convencionalismos de nuestras sociedades niveladoras". Eso lo podemos advertir con mayor claridad y elocuencia en su libro "El continente de los hombres solos" (1955), que es la crónica de un viaje que él realizó a la Antártida en un buque de la Armada. En sus páginas, abundan las visiones impresionantes del continente helado, junto a muchos detalles curiosos de su fauna. Además no están ausentes los episodios, ya humorísticos ya dramáticos, protagonizados por oficiales y marineros. Quien lea este interesante relato podrá comprender mejor lo que cuesta mantener la soberanía nacional en esas desoladas latitudes y cuán arriesgado es el desempeño -aun en tiempos de paz- de los hombres que tripulan nuestros buques de guerra. En conclusión, Salvador Reyes ha sido uno de los máximos exponentes de nuestra literatura del mar, tanto en su dimensión estética como en la humana. 